

**Conferencia en el XXVI Congreso Asociación Latinoamericana de
Sociología (Alas)**

**Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el
compromiso intelectual**

Maristella Svampa¹

16 de Agosto 2007

Introducción

Hace unos días, cuando empezaba a dar forma a esta conferencia, y buscaba ordenar los ejes y las temáticas a desarrollar, me preguntaba cuál debía ser el tono que debían adoptar mis palabras en este congreso latinoamericano de ciencias sociales. Debo decir que hubo momentos en los que consideré que lo más atinado era asumir un tono argumental neutral, para hablar acerca de las llamadas nuevas problemáticas sociales y políticas y el rol de la sociología crítica. Pero también hubo otros momentos en los que pensé que lo más acertado era dar cuenta de estas cuestiones a través de mi experiencia a la vez personal y académica, política y profesional, esto es, como socióloga que soy, mujer, argentina, perteneciente a una generación intermedia, formada en los años '80, con una determinada producción sociológica ligada tanto a los años 90, esto es, a los tiempos del neoliberalismo, como a los procesos políticos más recientes que se dan en nuestra región.

La pregunta por el tono que debía asumir esta conferencia, como mi propia oscilación, no es ociosa o artificial, puesto que en realidad escondía otras varias cuestiones. La primera de ellas es que desde hace tiempo no asisto a congresos de ciencias sociales, pese a que mi actividad profesional, esto es las investigaciones y libros que he escrito, siempre han estado muy ligados a la tarea universitaria y la carrera académica.

La segunda cuestión acerca del tono de esta conferencia tiene que ver con la manera en cómo plantear las preocupaciones que atraviesan mi reflexión, en la medida en que éstas están marcadas por una doble exigencia: la primera de ellas tiene que ver con la necesidad de romper con los esquemas binarios que obturan nuestro pensamiento y sesgan inevitablemente la percepción y análisis de nuestras realidades;

¹ Coordinadora del Observatorio Social de América Latina, OSAL-CLACSO, Profesora de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Conicet, Argentina.

la segunda, indisolublemente ligada a lo anterior, apunta a reconocer la complejidad y la ambivalencia de las problemáticas que atraviesan nuestras sociedades y nuestra propia condición como investigadores e intelectuales, sin que este reconocimiento signifique caer en la trampa de las indefiniciones, de las ambigüedades, del descompromiso epistemológico y político, en fin, en las redes del pensamiento "políticamente correcto", funcional a la reproducción del sistema de jerarquías, no sólo político, sino también académico.

En consecuencia, la perspectiva político-ideológica que asumo aquí se halla vinculada con una prioridad y una situación. La prioridad se refiere a la necesidad de retomar la vía de una sociología política crítica y comprometida que, sin abandonar la lectura de los procesos que se desarrollan desde abajo, aborde el desafío de pensar en términos macro-sociales y estructurales las posibilidades de una política instituyente. La situación alude más precisamente a la necesidad de pensar las oportunidades que abre el nuevo escenario regional, sin soslayar por ello ni los dilemas ni las amenazas que atraviesan muchas de nuestras sociedades periféricas y dependientes, y que revelan a las claras una tentativa de reconstrucción de la gobernabilidad neoliberal.

En esta conferencia pretendo referirme a tres temas: en primer lugar, haré una reflexión situada y personal de los avatares de la sociología latinoamericana de los últimos tiempos; en segundo lugar, propondré cuál es mi mirada sobre la relación entre saber académico y compromiso militante, por último, quisiera plantear cuáles son algunos de los desafíos de una sociología política crítica, en el nuevo escenario regional.

1- Los avatares de la sociología latinoamericana

El tránsito a la globalización neoliberal, a través de las reformas llamadas "estructurales", significó en América Latina tanto la acentuación de las desigualdades preexistentes como la emergencia de nuevas brechas políticas, económicas, sociales y culturales. Este proceso de redistribución del poder social condujo a un nuevo escenario, caracterizado por *la gran asimetría de fuerzas*, visible por una lado, en la fragmentación y la pérdida de poder de los sectores populares y amplias franjas de las clases medias; y, por otro lado, en la concentración política y económica en las elites de poder internacionalizado.

Cierto es que dicho proceso de reconfiguración social estuvo lejos de ser lineal o de registrar una secuencia única. Así, muchos de los cambios en el orden económico arrancaron durante la década del setenta; las transformaciones operadas en la estructura social comenzaron a tornarse visibles en los 80, durante la llamada "década perdida", que en muchos países latinoamericanos culminó en fuertes episodios hiperinflacionarios y abrió la puerta a la implementación de las reformas neoliberales de los '90. Dicho proceso de redistribución del poder social desembocó entonces en una modificación de las relaciones de clase, repercutiendo enormemente en el modo en cómo cada grupo social se autorepresenta, se piensa y figura su destino social dentro de la sociedad. Así, en el contexto de la gran asimetría, los sectores dominantes reforzaron su confianza de clase, su seguridad ontológica, mientras que los sectores medios y populares atravesaban por un período de fracturas sociales, de quiebres identitarios y nuevos procesos de exclusión.

En razón de ello, durante las últimas décadas, gran parte de la agenda de la sociología latinoamericana estuvo marcada por el análisis y descripción de los procesos de descomposición social, principalmente referida a los sectores populares. Cierto es que a fines de los '80, Zermeño desde México hasta Tironi desde Chile, hablaban de la decadencia y descomposición del modelo nacional-popular, y describían con trazos negros las nuevas formas que adoptaba lo popular, asumiendo desde ya que no había sujeto popular.

El tema no es menor, puesto que en décadas anteriores, el talante de nuestra disciplina estuvo marcado por la **sociología política**, cuyos conceptos y categorías de análisis se elaboraron en el cruce y articulación con la economía política y el pensamiento social crítico. En ese cruce productivo de disciplinas se elaboraron, se debatieron y se problematizaron conceptos tales como el de *Dependencia*, *Desarrollo*, *Heterogeneidad estructural*, *Populismo*, *Asincronía*, *Marginalidad*, entre otros. Estos conceptos y categorías fueron conformando, más allá de las diferencias teóricas e ideológicas entre los autores (Anibal Quijano, F.Weffort, O.Ianni, Zabaletta, Ruy Mauro Marini, Laclau, entre tantos otros) un legado crítico muy rico dentro de nuestras ciencias sociales. Diferentes escuelas y corrientes, entre las cuales se destaca sin duda el marxismo latinoamericano.

Sin embargo, a fines de los 70, con la disolución de la alternativa revolucionaria y la posterior crisis de las categorías y lenguajes políticos emancipatorios, asistimos a un eclipse de la sociología política en América Latina y a una inflexión en términos de

cruces disciplinarios. En efecto, durante los '80, el eclipse de la sociología política estuvo marcado, por un lado, por el desplazamiento hacia las ciencias políticas, por otro lado, por la multiplicación de las miradas sociológicas construidas desde abajo. Estos enfoques, aún aquellos realizados en nombre de los movimientos sociales emergentes, daban cuenta de una desarticulación entre lo social y lo político, que repercutía tanto en el plano de los hechos como en los paradigmas disciplinarios. En efecto, la experiencia de las dictaduras militares, principalmente en el cono sur, y la posterior institucionalización de regímenes democráticos, hizo que las ciencias sociales se volcaran al análisis de los procesos políticos asociados a la « transición democrática » y a la consolidación del orden institucional, y más tarde, en los '90, a la descripción de los procesos electorales y comunicacionales, de los « liderazgos personalistas », de los procesos de reforma del Estado y la gobernabilidad democrática. Claro que el problema no era la elección de los temas, sino más bien el hecho de que este tipo de análisis tendió a defender un formalismo institucional a rajatabla y llegó a sostener una visión abstracta de la ciudadanía y de la política.

Por otro lado, desde abajo, el análisis de los procesos de transformación de las sociedades a partir del cambio de las pautas de inclusión y de exclusión social, se constituyó en un lugar común de muchas de las sociologías imperantes en la región. La constatación de fuertes procesos de *descomposición social*, visibles en la ampliación de las fronteras de la exclusión, parecía agregar así una nueva etapa o momento, una "quinta D" a las "cuatro D", ya existentes en la historia de la sociología latinoamericana, esto es, el Desarrollo, la Dependencia, la Dictadura y la Democracia.

En el marco del modelo neoliberal, los relatos de las *sociologías de la descomposición social* se articularon en torno a conceptos de alcance intermedio, como el de desinstitucionalización, desestructuración, anomia, desafiliación, e inclusive el de destradicionalización, y dieron lugar a interesantes análisis sobre la dinámica de individualización expulsiva, como contracara de los procesos de globalización neoliberal en nuestras sociedades dependientes. Fue en este marco que tuvieron lugar cruces novedosos entre la sociología y la antropología. Así, las investigaciones sociológicas se volcaron a los estudios empíricos, multiplicando los análisis de casos y los recortes disciplinarios, combinando la utilización de diversas metodologías y técnicas cualitativas -como la entrevista en profundidad, el trabajo etnográfico y las historias de vida-, aplicadas sobre diferentes grupos de actores. El resultado de ello fue una variada gama de investigaciones que realizan una lectura de carácter microsociológico,

sectorial, casi etnográfico, que privilegian el análisis de la experiencia y la subjetividad de los actores.

Es verdad que la necesidad de desarrollar un enfoque que enfatizara el estudio de tales dimensiones partía también de un déficit observable en la sociología política anterior, abocada al estudio de las transformaciones del vínculo social y político, a partir de perspectivas que desarrollaban una mirada "desde arriba". Es verdad también que este giro respondía a un desplazamiento mayor operado en la teoría social, a nivel internacional, crítica de las visiones más sistémicas. Pero no es menos cierto que los trabajos micro-sociológicos, tal como éstos cobraron forma en América Latina, enfatizaron una perspectiva analítica "desde abajo" que alentaba una mirada miserabilista de lo popular, cuando no un posicionamiento proclive al determinismo sociológico. En efecto, la tendencia, la costumbre, más aún, la naturalización de un análisis de los procesos de cambio desde la sola óptica de la descomposición social, suele minimizar –o en el límite, negar- las brechas que pueden abrirse desde la acción colectiva.

Necesario es destacar el carácter generacional de estas marcas, pues conozco no pocos colegas de mi edad que se recluyeron en el análisis micro-sociológico o bien, en una sociología de la descomposición social. Hago aquí un paréntesis más personal, que ilustra lo que acabo de decir. En el año 2000, tuve la ocasión de editar un libro que recoge una serie de artículos escritos desde una perspectiva común por varios colegas argentinos de mi generación, y que ha tenido bastante repercusión en el campo académico de mi país. Precisamente este libro se titula "Desde abajo, la transformación de las identidades sociales".

La nuestra ha sido así una generación atravesada por el escepticismo, por el lenguaje de la sospecha y, claro está, por la falta de horizonte político, en una época marcada a fuego por la crisis del ideario de las izquierdas y el pasaje a un paradigma neoliberal. Pero también, hemos sido una generación que vivió como pocas la profesionalización de las ciencias sociales y la progresiva autonomización de los campos o subsistemas sociales. Esta doble situación condicionó tanto nuestras lecturas políticas como nuestras perspectivas epistemológicas, en la medida en que fue moldeando un tipo de visión, naturalizando un esquema de percepción, un habitus académico, que en no pocos casos terminaba por unidimensionalizar la realidad, haciendo la economía de un análisis que contemplara la dimensión de recomposición social que aparece reflejada en los conflictos y en las luchas colectivas. En este

sentido, creo yo, muchos de nosotros obturamos la posibilidad de pensar la doble dinámica y vitalidad de lo social, esto es, la compleja dialéctica que es necesario establecer entre fases y procesos de descomposición y de recomposición social.

Cierto es que en el marco de *la gran asimetría*, la tarea de establecer en términos analíticos un equilibrio entre procesos de descomposición y de recomposición social, no es nada fácil. Permítanme ilustrar lo dicho con el caso concreto de mi país, la Argentina. Por un lado, la cartografía social argentina de los últimos veinte años nos ofrece una visión demoledora. En efecto, la Argentina es en un país recorrido por grandes asimetrías, las cuales aparecen reflejadas de manera contrastante por la creciente concentración de poder de parte de los sectores altos y medios-altos de la sociedad así como por la pérdida de gravitación política y económica de parte de los sectores medios y populares. Vista la actual distribución del poder social, el verdadero desafío teórico y epistemológico consiste en tratar de no caer en el fatalismo de las restricciones estructurales, en no concluir por ello, que porque los datos están cargados, como afirma con una metáfora muy ilustrativa Guillermo O'Donnell, no hay posibilidad de apertura hacia nuevos escenarios. Por otro lado, como otros países de la región, la Argentina aparece también recorrido por una multiplicidad de luchas sociales, de movimientos territoriales y acciones sindicales. Así, la dialéctica entre estructura y acción debe dar cuenta de estas luchas, lo cual supone incorporar en el análisis el reconocimiento del poder de agencia del sujeto, sobre todo en términos colectivos, hoy expresados por los movimientos sociales. Sin embargo, una vez dicho esto, tampoco podemos caer en el error inverso, a saber, en una visión ingenua y puramente apologética de las luchas y los movimientos sociales.

En fin, en el análisis de la dinámica social, siempre atravesada por procesos de descomposición y, a la vez, de recomposición social, se desliza la constatación de que sólo las luchas –a la vez políticas, sociales y culturales- pueden abrir el horizonte hacia nuevos escenarios políticos y, por ende, a la posibilidad de una redistribución del poder social. Pero una vez dicho esto, no está demás volver a recordar aquella célebre frase de Marx, del *18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, tantas veces citada, que nos recuerda que “Los hombres hacen su propia historia pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.

Así, la apuesta –a la vez teórica y epistemológica- consiste en no dejarnos tentar ni por el determinismo de las estructuras ni por la pura celebración de la acción colectiva contestataria, sino más bien, en tratar de desarrollar un abordaje que se

instale en el vaivén entre la estructura y la acción. Para ello resulta necesario insertar nuestros razonamientos en un paradigma comprensivo. Este, lejos de presentarse como una opción políticamente correcta, en términos investigativos, nos alerta sobre el riesgo siempre presente de los reduccionismos de diverso tipo, al subrayar la tensión no sólo como una dimensión originaria, sino permanente e ineliminable de la realidad social.

2- Saber académico y compromiso militante

En segundo lugar, me interesaría explorar la pregunta sobre la posibilidad de articular saber profesional/saber académico con el compromiso militante. Quiero insistir en este tema, porque creo que una de las claves de este cambio de época es la necesidad de construir un nuevo modelo académico alternativo al hegemónico.

Ya he dicho que provengo de una generación que se formó en la disociación entre saber académico y compromiso político, entre mundo universitario y mundo militante. Una generación que registró en diferentes niveles las consecuencias del notable cambio en cuanto al rol de los intelectuales, visible en el eclipse del compromiso político, típico de otros períodos, así como en la exigencia de profesionalización y especialización del saber. Es claro también que la excesiva profesionalización de las ciencias sociales que se registró en las últimas décadas, constituyó una respuesta a la sobre-ideologización imperante en el campo académico en los años 60 y 70. En este sentido, la profesionalización permitió la consolidación de un campo académico en las ciencias sociales, visible en el reforzamiento de las reglas internas y los mecanismos de producción académica. Sin embargo, no es menos cierto que esta inflexión favoreció la consolidación de la figura del *experto*, supuestamente neutral y desapasionado, como modelo "legítimo" del saber, al tiempo que sembró un manto de sospechas sobre toda investigación que buscara desarrollar su reflexión desde un posicionamiento militante.

La consolidación del modelo del profesional académico se tradujo por la afirmación de una fuerte auto-referencialidad, manifiesta en la incapacidad por interpelar o tender puentes con otras realidades. Asimismo, no es menos cierto que más allá de los discursos abstencionistas, el académico pretendidamente puro e incontaminado aparece atravesado por una lógica claramente instrumental o

estratégica y, en algunos países, donde los lugares y los recursos son escasos, por el carrierismo más desembozado. En fin, más allá de los beneficios evidentes de la profesionalización, cierto es que, durante los '90, tras la etiqueta aparentemente despolitizada de "técnico" o "experto", profesionales de las más variadas disciplinas se convirtieron en asesores y/o ejecutores de políticas de mercado corte excluyente, proveniente de los organismos y agencias multilaterales. Como afirma Bourdieu, las nuevas estructuras de dominación dan cuenta de un nuevo paradigma del intelectual, el del "productor cultural" donde convergen, por un lado, -el experto- y, por otro lado, el consejero comunicacional-, con la nueva nobleza empresarial y de Estado².

Pero convengamos que en el marco de la profesionalización disciplinaria registrada en las últimas décadas, y en el mundo universitario en particular, el modelo del intelectual experto encontró también otras formas de expresión, además del experto asesor, ligado a la nueva nobleza empresarial, al Estado o a los organismos multilaterales. Entre ellos, quisiera destacar dos figuras, que creo yo constituyen también el núcleo del modelo académico hegemónico: me refiero al *intelectual como intérprete* y al *intelectual ironista*. Si ustedes me permiten, quisiera hacer una breve crítica de estas dos figuras.

Como hemos referido en párrafos anteriores, los nuestros han sido tiempos de consolidación de una concepción más modesta de los alcances de la sociología. Esta visión contribuyó a proyectar un tipo de figura, la del intelectual intérprete, que como bien lo ha definido Z. Bauman estaría orientado a la comprensión y la comunicación de saber, sin pretensión legislativa alguna.³ Si bien no es nuestra intención generalizar ni mucho menos demonizar el rol del intelectual-intérprete, cuyo lugar en la producción de conocimiento académico ha sido central en las últimas décadas, en la línea de reflexión que planteamos (esto es, pensar la articulación entre lo académico y lo militante) nos interesa subrayar las limitaciones que presenta esta figura.

En contraste con Bauman, consideramos que es desde el modelo del intelectual experto que se entiende mejor la figura del intérprete, cuya tendencia

² « El imperialismo de la razón neoliberal encuentra su realización intelectual en dos nuevas figuras del productor cultural. En principio, el experto, que prepara en la sombra de los corredores ministeriales o patronales, o en el secreto de los *think tanks*, documentos con un fuerte tenor técnico, respaldados en lo posible de un lenguaje económico-matemático. Por otro lado, el consejero en comunicación del príncipe, tráfuga del mundo universitario, pasado al servicios de los dominantes, cuya misión es dar forma académica a los proyectos políticos de la nueva nobleza de Estado y empresarial", Bourdieu, *Interventions, 1961,2001*, Contrefeux, Agone, Paris, 2002, p.448.

³ Z.Bauman, *Legisladores y expertos*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 1999.

exclusiva a convertirse en un traductor y comunicador de saberes lo ha llevado a desarrollar una mirada de corte miserabilista (conocedora de los vicios y mezquindades del actor social estudiado, diluida su especificidad en virtud de enfoques micro-sociológicos o etnográficos) o, en otros casos, a una lectura ironista que termina trazando una distancia mayor respecto de los actores, conduciendo al escepticismo abstencionista o la indiferencia política. En este sentido, en los últimos años la figura del intelectual intérprete ha sufrido un estallido, a la vez epistemológico y político. Epistemológico, pues el auge de las visiones micro-sociológicas y etnográficas –y esto, más allá de la complejidad de ciertos lenguajes hermenéuticos- ha tendido a enfatizar el lugar del investigador como una suerte de traductor sofisticado de la experiencia de los actores. Político, pues el modelo ha quedado atrapado en la doble dinámica de lo social, atravesada por períodos y fases de descomposición y, a la vez, de recomposición social. Así, mientras que en el marco de una situación de descomposición social, su corolario inevitable es el pesimismo fatalista y, por ende, el llamado a la no-intervención desde un paradigma cientificista; en un contexto de lucha y movilización, el resultado puede llegar a ser la posición contraria, esto es, el desarrollo de una mirada horizontal y celebratoria, apegada al discurso de los actores. Aunque esta segunda modalidad conduce al intelectual-intérprete hacia el espacio militante, no necesariamente esta inmersión se traduce en la producción de pensamiento crítico, generador de conocimientos alternativos.

Una mención especial merece la figura del *intelectual ironista*,⁴ quien ha encontrado un fuerte impulso en las últimas décadas, a partir de la crisis de los lenguajes emancipatorios y de la crítica a las diferentes izquierdas. Al igual que el intelectual-intérprete, este modelo goza de una importante legitimidad académica. Con ello, nos referimos a aquellos investigadores-intelectuales (en su mayor parte, profesores universitarios), que adoptan como principio epistemológico y político la distancia irónica y provocativa respecto de la realidad social, proponiendo de entrada la imposibilidad de una articulación entre investigación académica y compromiso militante. Lejos del talante propio de los padres fundadores de la sociología, el ironista rechaza toda posibilidad de intervención, acantonándose en un modelo epistemológico-

⁴ Utilizamos la figura del "ironista", que R. Rorty contrapone al "metafísico". Según Rorty, el ironista es aquel "capaz de reírse de sí mismo, /.../una persona incapaz de tomarse en serio a sí misma, porque sabe que siempre los términos con que se describe a sí misma están sujetos a cambio, porque sabe siempre de la contingencia y fragilidad de sus léxicos últimos y, por tanto de su yo". Véase *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, 1992.

narcisista en donde convergen escepticismo político y capacidad histriónica, en un sentido claramente destituyente.

Ahora bien, más allá de la seducción propia del intelectual ironista, por lo general acompañada por el cuestionamiento rápido y filoso, por la *palabra destituyente*, resulta difícil pensar en construir desde estas bases un modelo alternativo de investigador-intelectual. Parafraseando a R. Sennett,⁵ no iremos muy lejos si nos proponemos socializar a las jóvenes generaciones de investigadores en ciencias sociales en valores como la ironía, la distancia hacia la realidad y el escepticismo político. Cuanto más, el desarrollo de este tipo de actitud destituyente redundará en el afianzamiento de modelos individualistas y estratégicos, poco interesados en la construcción de solidaridades mayores.

Por otro lado, no es que nuestra generación no haya desarrollado la figura del intelectual crítico, capaz de retomar e identificarse con el pensamiento contestatario. Sin embargo, creo que en algunos países, sobre todo en aquellos donde la inversión del Estado ha contribuido a alimentar la autonomía intelectual de los universitarios (pienso sobre todo en los casos de Brasil y de México), las posturas críticas no han estado ligadas necesariamente al compromiso militante. Antes bien, como afirman varios colegas de mi generación provenientes de esos países, la constitución de los universitarios como una clase media superior ha derivado en una suerte de encapsulamiento elitista, que revela ciertas formas de esquizofrenia, visible en la falta de vínculos reales con esos otros mundos que dicen pensar e investigar. Amén de ello, la existencia de matrices sociales fuertemente jerárquicas en el interior de nuestras sociedades tiende a potenciar estas disociaciones.

Pero en la actualidad, en virtud del cambio del escenario regional, estos modelos que acabo de describir comienzan a ser problematizados. Para algunos, una vía posible de retomar el compromiso es el modelo de la "investigación militante", que subraya el carácter inmanente de la reflexión, en contraposición con el distanciamiento pretendidamente neutro del trabajo académico. Sin embargo, creo yo que este tipo de posicionamiento, que hoy sobre todo asumen jóvenes investigadores o estudiantes universitarios, suele conducir a la inmersión plena, esto es, a sumergirse/fundirse en/con las organizaciones o movimientos sociales contestatarios, lugar desde el cual se tiende a romper rápidamente con los moldes del trabajo académico.

⁵ R. Sennett en *La corrosión del carácter*, Madrid, Anagrama, 2000.

En otros términos, el intelectual militante suele convertirse en un activista a tiempo completo, cuyo nivel de involucramiento dificulta una reflexión crítica, obturando con ello la producción de un tipo conocimiento que vaya más allá de la visión de los actores. A esto hay que añadir que este exceso de involucramiento ha potenciado una actitud de rechazo y de resentimiento hacia el mundo académico, el cual ante los ojos de la sociedad aparece como portador exclusivo del saber "legítimo". Sin embargo, esta posición en torno al compromiso militante, que en los últimos años ha venido ganando un espacio importante en el mundo de los movimientos sociales, pone más que nunca al descubierto las carencias actuales del modelo académico hegemónico.

¿Cómo superar entonces la lógica excluyente que subyace a estos planteos? ¿Cómo pensar la posibilidad de un modelo académico alternativo, que no remita a la figura del intelectual orgánico de antaño, que no alimente esquizofrenias, y que al mismo tiempo deje atrás las limitaciones del intelectual intérprete y las veleidades narcisistas del intelectual ironista, o la falsa conciencia del asesor experto? ¿Cómo transitar de un modelo de investigador-intelectual destituyente a otro cuyo carácter abra al menos la posibilidad hacia un pensamiento innovador, reflexivo, instituyente, de vínculo con otras realidades?

Siguiendo una vez más la línea de elaboración que nos hemos propuesto en este texto, quisiera avanzar algunas notas sobre la posibilidad de construir un paradigma comprensivo en torno de la figura del intelectual. En este sentido, creemos que es posible integrar ambos modelos que hoy se viven como opuestos, la del académico y la del militante, sin desnaturalizar uno ni otro. Podemos establecer como hipótesis la posibilidad de conjugar ambas figuras en un solo paradigma, el del intelectual-investigador como **anfibio**, a saber, una figura capaz de habitar y recorrer varios mundos, y de desarrollar, por ende, una mayor comprensión y reflexividad sobre las diferentes realidades sociales y sobre sí mismo.

¿Por qué hablo de naturaleza anfibia? Porque a la manera de esos vertebrados que poseen la capacidad de vivir en ambientes diferentes, sin cambiar por ello su naturaleza, lo propio del investigador-intelectual anfibio es su posibilidad de generar vínculos múltiples, solidaridades y cruces entre realidades diferentes. En este sentido, no se trata de proponer una construcción de tipo camaleónica, a la manera de un híbrido que se adapta a las diferentes situaciones y según el tipo de interlocutor, sino de poner en juego y en discusión los propios saberes y competencias, reafirmando su

lugar en tanto intelectual-investigador crítico. Asimismo, hay que agregar que la naturaleza anfibia y por ende, los niveles de reflexividad que está en condiciones de desarrollar el intelectual-investigador militante, es un rasgo que aparece también en otros actores, como por ejemplo, el activista cultural, una figura global difundida tanto en los países del centro como de la periferia.

Si se nos permite retomar categorías extraídas de otros léxicos, podríamos decir que a diferencia de otros modelos de investigador-intelectual, que reflejan una naturaleza mestiza, el paradigma del anfibio, aunque contiene tendencias contradictorias y se expresa en otras formas de desgarramientos, no implica por ello una tensión que es vivida desde una dimensión trágica o puramente negativa. Aún más, en contraposición a la reflexividad del mestizo, que vive una existencia desgarrada "entre dos mundos", producto de la colisión o choque entre éstos (que generalmente remiten al clivaje inferior/superior, se trate de la clase o de la etnia), y que termina por no pertenecer del todo ni uno y ni a otro, la reflexividad del investigador-intelectual anfibio tiende a subrayar la existencia de una única "naturaleza", por encima y a partir del reconocimiento de las ambivalencias o de las dobles pertenencias.

En esta dirección, es tan necesario cuestionar y romper con los moldes del modelo académico hegemónico como abandonar la idea de que es necesario mantener absolutamente divorciados los dos campos, posiciones que reducen el planteo a dos opciones posibles: la de devenir exclusivamente un académico o investigador universitario crítico, cuya tendencia a la auto-referencialidad termina configurando los contornos estrechos de un mundo cerrado y elitista; o bien, asumir el desafío militante, cuyo destino pareciera ser el abandono definitivo del mundo académico y de sus reglas de legitimación, y la entrada a un universo-otro, con su propia lógica y funcionamiento auto-referencial.

En consecuencia, nuestra hipótesis apunta a subrayar la potencialidad del investigador/intelectual como anfibio, pues creemos que lejos de traicionar el habitus académico o de acantonarse en él, de lo que se trata es de hacer uso de él, amplificándolo, politizándolo en el sentido genuino del término. Asimismo, lejos de abandonar el espacio militante, de lo que se trata es de buscar un lugar dentro de él, en tanto investigador-intelectual comprometido y a la vez crítico, no complaciente, esto es, capaz de producir un conocimiento que vaya más allá de la visión y el discurso de los actores. Por último, el desafío de este acompañamiento consiste en contribuir a la

construcción de nuevas alternativas políticas, en el vaivén que se establece entre el pensamiento y la acción, la teoría y la praxis transformadora.

En suma, visto en estos términos, la apuesta por construir legitimidad en esos varios mundos, sea el académico como el militante, deviene realmente posible y, más aún, creíble. Claro está, la tarea no resulta nada fácil, pero tampoco es, como efectivamente parecía serlo una década atrás, un camino definitivamente clausurado. Nuevas vías se abren en la articulación entre lo académico y lo político, un espacio de geometría variable, que puede alumbrar el surgimiento de un nuevo modelo de investigador-intelectual militante, definido por la reflexividad y el compromiso con su realidad. Un desafío que aguarda, muy especialmente, a las jóvenes generaciones de investigadores sociales.

3- El nuevo escenario regional y la importancia de una sociología política crítica y militante

En ese último punto, quisiera abordar cuáles son desde mi perspectiva algunos de los desafíos de una sociología política crítica y militante; una sociología política que creo retome una mirada regional, propia de otras épocas, pero sin abandonar por ello, los aspectos específicos de nuestras realidades nacionales y el análisis de las subjetividades; una sociología que se construya desde un paradigma epistemológico comprensivo, sin acantonarse por ello en la mirada microsociológica o en la pura etnografía o el estudio de caso.

En este sentido, el escenario regional actual abre nuevas oportunidades y desafíos, aunque también otros peligros y amenazas. En efecto, nadie ignora que desde hace unos años se ha venido configurando un nuevo escenario político regional, marcado por la circulación de discursos antineoliberales y prácticas contestatarias. Sin embargo, el reconocimiento de la crisis del consenso neoliberal no significa en absoluto afirmar que hemos entrado en la etapa del posneoliberalismo o hemos instalado ya una agenda postneoliberal, pese a la retórica antineoliberal reinante.

La relegitimación de prácticas y discursos antineoliberales fue acompañada, en algunos casos, por la emergencia de nuevos gobiernos de izquierda o de centro-izquierda. Claro que todo intento de homogeneización entre las diferentes experiencias nacionales implicaría caer en un fuerte reduccionismo, pues no sólo nuestros países no son fácilmente homologables; sino, antes bien, la relación entre liderazgos políticos,

sistema político-partidario y formas de auto-organización social presentan, para cada caso, líneas de continuidad y de ruptura respecto de los moldes de dominación de la década anterior.

Esta transición ambivalente debe ser comprendida también en el marco del nuevo esquema de poder global, en un escenario internacional caracterizado por la supremacía de los Estados Unidos y la llamada guerra contra el terrorismo, y por una escena regional que cuenta con la presencia activa y desmesurada de los capitales transnacionales. Así, los avances del gobierno estadounidense por reinstalar una nueva agenda político-económica en la región, post quiebre del consenso de Washington, de la mano de los TLC y las leyes antiterroristas, resultan más que inquietantes.

En consecuencia, en esta situación transicional se entrecruzan y colisionan dos tendencias: por un lado, aquellas que señalan un avance en la ruptura con el modelo neoliberal (con todas sus complejidades y matices nacionales), por otro lado, aquellas que señalan la tentativa de reconstrucción de una gobernabilidad neoliberal.

En este sentido, es necesario tener en cuenta que si el primer momento de la globalización neoliberal, en los 90, estuvo marcado por las privatizaciones y el ajuste fiscal, el segundo momento viene de la mano de la generalización de un modelo extractivo-exportador, que apunta a consolidar y ampliar aún más las brechas sociales entre los países del norte y del sur, en base al saqueo de los recursos naturales cada vez más escasos, la contaminación irreversible, la extensión del monocultivo (desde la soja transgénica a los biocombustibles) y la consiguiente pérdida de biodiversidad y posibilidad de soberanía alimentaria. En fin, este modelo extractivo-exportador se traduce también en los megaproyectos de la cartera de IIRSA, lo cual va a contramano de la visión acerca del desarrollo sostenible que reclaman las comunidades y movimientos sociales del continente, quienes lo consideran totalmente incompatible con la construcción de la integración Iltinoamericana.⁶

Por todo ello no sorprende que el mapa actual de América Latina esté recorrido por diferentes luchas y movimientos sociales que plantean un cuestionamiento del actual régimen de dominación, las cuáles pueden ser agrupadas en dos tipos:

I-Movilizaciones del sector público que ponen de relieve las fronteras de la precariedad. Esto sucede, en especial, en el ámbito de la educación, de la salud y de los servicios públicos. Se trata de luchas sectoriales que por lo general orientan sus reclamos al Estado, pero que en el proceso mismo de movilización, tienden a universalizar sus demandas, al tiempo que plantean *una revalorización y*

⁶ Entre otros, ver el documento de Cumbre de los Pueblos, Cochabamba, diciembre de 2006.

reconstrucción de lo público. Los ejemplos más ilustrativos en los últimos tiempos son las protestas docentes y las luchas estudiantiles que recorren gran parte de los países latinoamericanos (México, Perú, Argentina, Chile y Colombia, entre otros).

II- *Movilizaciones que ponen de relieve las fronteras de la exclusión*: Se trata de movilizaciones urbanas y rurales de carácter territorial, que incluye desde la demanda de infraestructura básica y trabajo, hasta la lucha contra el saqueo de los bienes naturales y contra la contaminación (movilizaciones campesinas, pueblos originarios, organizaciones de desocupados, de vendedores ambulantes, asambleas multisectoriales, entre otros). Son movilizaciones orientadas tanto al Estado como a sectores privados (grandes empresas transnacionales) que, en el dinamismo de la lucha, tienden a radicalizarse, cuestionando *un modelo de desarrollo monocultural y destructivo, así como la necesidad de la desmercantilización los bienes naturales*.

Ambos tipos de movilizaciones están recorridas entonces, como señalaba ayer Emir Sader en este mismo espacio, por la demanda de desmercantilización de los bienes públicos y sociales.

Por ello, un primer desafío de la sociología política, en su cruce con otras disciplinas, muy especialmente con el pensamiento social, la historia, la antropología y los estudios culturales, entre otros, es sin duda la reflexión sobre las nuevas formas que asume el poder en un escenario más abierto que hace una década, donde la gran asimetría coexiste con una posibilidad más real de un cambio en la relación de fuerzas.

Uno de los ejes centrales es entonces la resignificación que adquiere la noción *de transición*, pues en definitiva en algunos países asistimos a la posibilidad de un cambio en la correlación de fuerzas sociales, a través de la vía pacífica, en un contexto de intensas luchas sociales y en el marco de una nueva fase del capitalismo en nuestra región (pienso en Bolivia, en Venezuela y, vaya a saber, en Ecuador). Cuestiones como el retorno y recreación de los Estados nacionales y la construcción de bloques de integración regional, aparecen en el centro de la escena y requieren ser problematizados. Esto sucede, por ejemplo, con el neodesarrollismo hoy imperante en varios gobiernos latinoamericanos, que muchas veces aparece como no problematizado y enmarcado en una retórica fuertemente productivista, funcional al nuevo modelo-extractivo exportador. Pero también sucede con la discusión sobre el Estado pluricultural, que algunos creen que solo debe limitarse a los países que poseen un fuerte componente indígena, como Bolivia y Ecuador. Asimismo asoman otras cuestiones como la persistencia de lo nacional-popular y la potenciación de la tradición presidencialista, en el marco de estos gobiernos de centro-izquierda.

Otro de los temas centrales es la necesidad de pensar la democracia en términos de *demodiversidad*. Como afirma Boaventura de Sousa Santos, en las últimas décadas hemos asistido a una reducción de la figura de la democracia, identificada sin más con la democracia liberal y representativa.⁷ Este proceso de vaciamiento y de reducción política-ideológica ha sido contestado por numerosos movimientos sociales que no sólo recusan explícitamente tal identificación, sino que se erigen en portadores de otras concepciones, ligadas a la democracia directa y participativa. En este marco de recreación de otras figuras de la democracia, cobra centralidad la forma *asamblea*, en sus diferentes niveles y expresiones, que recrea y potencia antiguas y nuevas formas de sociabilidad y resistencia, al tiempo que va diseñando un nuevo paradigma de la política concebido desde abajo. Así, en esta transición hoy nos encontramos ante el desafío de pensar creativamente las articulaciones entre diferentes figuras de la democracia, esto es, entre democracia representativa y democracia directa y participativa, entre lo institucional y lo no-institucional, entre el espacio público estatal y el espacio público no-estatal.

En consecuencia con lo dicho, otro de los ejes de reflexión se refiere al papel que juegan hoy los **movimientos sociales**. En este sentido, creo que debemos realizar una exploración más sistemática de los alcances y límites de la dialéctica destituyente/instituyente que recorre a los movimientos sociales de la región.

Aclaro un poco a lo que me refiero. Cualquiera que venga estudiando y acompañando la acción de diferentes movimientos sociales, sabe que éstos son actores colectivos plurales que en los últimos años han extendido su capacidad de representación, esto es, que han ampliado enormemente su plataforma discursiva y representativa en relación a la sociedad. Sabe que estos movimientos, heterogéneos en sus demandas, se insertan en un campo más bien multiorganizacional, complejo en sus posibilidades de articulación. Que son portadores de diferentes dimensiones, ligadas a una identidad territorial, a la primacía de la acción directa, a la defensa de la democracia asamblearia y la demanda de autonomía. Que la convergencia de estas cuatro dimensiones ha ido configurando un nuevo ethos militante, diferente al de otras épocas, que recorre no sólo los movimientos sociales sino también las acciones sindicales más disruptivas (pienso en los maestros de Oaxaca).

Sabemos también que los vínculos de los movimientos sociales con los gobiernos no son nada lineales. Que los movimientos sociales son muy dinámicos:

⁷ Sousa de Santos, B. (2005), *Reinventar la democracia, reinventar el Estado*, Clacso, Buenos Aires

cambian, tienen diferentes etapas y momentos. Que son abiertos. Que no son, en definitiva, actores puros. Antes bien, hay momentos en los cuales los movimientos sociales reflejan tendencias corporativas y particularistas y otros momentos, sobre todo, en procesos de movilización, en los cuales desarrollan la capacidad de articular demandas más universalistas, precisamente en el cruce con otros movimientos sociales. En este sentido, con todas sus complejidades y matices nacionales, los movimientos sociales han venido desarrollando una dinámica impura y abierta, que se instala entre lo destituyente y lo instituyente, una dialéctica que es necesario explorar en toda su posibilidades y limitaciones. En el marco de esta dialéctica es que conceptos como el de subalternidad, hegemonía y autonomía requieren ser pensados, en el cruce con las elaboraciones del pensamiento crítico latinoamericano e internacional, al interior de un paradigma comprensivo, esto es, por fuera de una lógica que alimente interpretaciones en términos de paradigmas excluyentes (por ejemplo, "autonomismos" versus "hegemonismos").

Así, en lo que respecta a la acción de los movimientos sociales este escenario transicional, de nueva configuración del poder, revela sin duda nuevos desafíos políticos, como por ejemplo, el de dotar de una acción instituyente a las demandas y acciones colectivas que, en determinados casos, suelen adoptar un formato y un alcance más bien destituyente. No me refiero a las formas de contrapoder que se gestan desde abajo, sino en lo que se refiere a su relación con el sistema político. Los procesos de Asamblea Constituyente y el encaminamiento hacia la creación de Estados pluriculturales son, en este sentido, una ilustración cabal, pero también sumamente compleja, como lo muestra el caso de Bolivia, de una voluntad política refundacional por la cual se abre la posibilidad de pensar una vinculación entre movimientos sociales contrahegemónicos y los nuevos gobiernos de izquierda. Una vez más, la apertura de nuevos espacios de participación popular, a través de la articulación entre dispositivos de democracia directa y democracia representativa, constituyen un mandato que es necesario pensar en el nuevo contexto. Pues en definitiva de lo que se trata es de avizorar conjuntamente la salida del modelo neoliberal, lo cual supone, entre otras cosas, la potenciación de la participación popular en un nuevo espacio democrático y el impulso de una matriz igualitaria de las relaciones sociales.

Por último, y a fuerza de ser reiterativa, creo yo que el tercer eje de la sociología política latinoamericana debería ser la reflexión crítica sobre el **modelo académico hegemónico**, con miras a construir un modelo alternativo.

Ayer, en esta misma sala, Raquel Sosa afirmó acertadamente la estrecha vinculación que intelectuales como Ruy Mauro Marini o Agustín Cuevas tenían con las organizaciones sociales y movimientos contestatarios. Sin embargo, por todo lo dicho, creo que nuestra época revela fisuras mayores, que han complicado aún más la posibilidad de estos vínculos. En efecto, uno de los problemas mayores en nuestras sociedades es la gran desconexión, esto es, la ruptura de solidaridades sociales, tanto a nivel intersocial (visible en la fuerte desvinculación entre las fragmentadas clases medias y las empobrecidas clases populares), como intrasocial (entre las diferentes franjas que componen los heterogéneos sectores populares, donde se consolida un sector de excluidos, que es visto a la vez como población sobrante y como nueva clase peligrosa). Es esta desconexión la que ha actualizado la creencia en una suerte de alteridad mayor, hoy ilustrada emblemáticamente por la frontera social y cultural que se erige entre la ciudad y los suburbios, entre el centro y la periferia, entre los incluidos y los excluidos, entre el primer y el cuarto mundo.

En este contexto creemos necesario insertar una apuesta a la vez política y profesional: la de recrear el rol del investigador-intelectual reflexivo y comprometido, tan propio de la tradición crítica que recorre a nuestras ciencias sociales. Y ello, no porque consideremos que éstos sean sujetos marcados por una vocación mesiánica o un supuesto rol sacrificial en relación a los sectores postergados de la sociedad. Antes bien, creemos que los investigadores-intelectuales, por el tipo de tarea que llevan a cabo, son sujetos capaces de desarrollar una naturaleza anfibia, una suerte de multipertenencia, que redundan positivamente en una mayor reflexividad, en sociedades cada vez más complejas, caracterizadas por una fragmentación social creciente, en las cuales coexisten, separadamente, universos tan desiguales en términos de posiciones sociales y oportunidades de vida.

Así, aunque muchos lo consideren como extemporáneo, creemos que una de las tareas centrales de los investigadores-intelectuales, en virtud de su condición anfibia, es la de asumir el desafío que plantea la actual desconexión, para tratar de pensar creativamente los cruces, los puentes, las vinculaciones, aun fugaces y precarias, que es posible establecer entre estos universos tan diferentes.

* * **

En fin, porque nadie puede permanecer indemne a la crisis de tantos paradigmas, es que cada época necesita reinventar el compromiso crítico y militante,

desde nuevas bases políticas y epistemológicas. Ello no significa de ninguna manera que haya que renunciar a la mirada histórica. Todo lo contrario, es a partir de la incorporación plena de una perspectiva histórica que podremos elaborar una sociología política realmente instituyente, sobre todo en lo que se refiere a la reflexión sobre el rol del Estado y la democracia, los cambios en las correlaciones de fuerzas y sus situaciones transicionales, el papel que juegan los movimientos sociales en la construcción de una nueva institucionalidad; en fin, ¿por qué no?, abocarnos a la tarea de repensar y reformular hasta el mismo lugar que pueden ocupar los intelectuales.

Muchas gracias.